

## LA MISTERIOSA MUERTE DEL GENERAL ALVAREZ DE CASTRO

por JOSE RICO DE ESTASEN

Aparte de su afiligranada y maravillosa catedral, el monumento más interesante de la ciudad de Gerona es la iglesia de San Félix. Edificada sobre una pequeña prominencia del terreno, fuera del recinto que fue romano, reflejando la silueta de su gallarda torre en claro espejo del sosegado Oñar; bizantina y románica, gótica y medieval, llena de joyas artísticas y de recuerdos históricos, el poeta y el viajero ven condensado en ella el carácter de catacumba que le imprimieron los gerundenses de otras edades cuando la designaron para ser depositaria de los venerados restos de su Patrono, el insigne mártir San Narciso.

La capilla donde, hasta el mes de julio de 1936, se conservó el cuerpo incorrupto y momificado del Santo Obispo, está constituida por una nave de figura elíptica, con bóveda semicircular, decorada con valiosas pinturas y preciosos mármoles. Testimonio de fe del siglo antepasado, tributo de amor de una ciudad misionera y piadosa, Gerona la estimó siempre como el tabernáculo de sus glorias preteritas, y, al par que el de los restos de las «Heroínas de Santa Bárbara», emplazó bajo su anchurosa bóveda semicircular el magnífico mausoleo donde espera la resurrección de la carne el invicto general don Mariano Alvarez de Castro.

Cuando, acabados los divinos oficios, queda el templo de San Félix silencioso y desierto, ningún placer semejante al de sumergirse en el limpio y húmedo sosiego de la capilla de San Narciso, para evocar con el pensamiento recuerdos de otras edades.

En el interior del pulido mármol de su tumba reposa el benemérito general que defendió Gerona contra el asedio de los Ejércitos de Napoleón durante el célebre Sitio de 1809.

Un sentimiento de veneración, el orgullo de sabernos españoles y cristianos, inunda nuestro ser. Sobre la urna funeraria que encierra los despojos mortales del que fue al martirio por servir a la Patria, una figura de mujer, representando a España; teniendo en una mano el escudo de la inmortal ciudad, ofrece al héroe, con otra, el laurel de la gloria. Una de las páginas más bellas y sugeridoras de la historia Patria se encuentra resumida allí. Evoquémosla.

\* \* \*

Desde hacía siete meses, recogida en sí misma, al amparo del estrecho cinturón de sus murallas, la ciudad de Gerona sufría con patriótica resignación los rigores del Tercer Sitio. ¡Parecía un milagro! Verdier, Duhesme, Saint-Cyr, los famosísimos generales de los Ejércitos napoleónicos, habían visto derrumbarse su militar prestigio ante la tenacidad inquebrantable del gobernador de la plaza, que, desde 1.º de abril de 1809 y, de acuerdo con las cláusulas de su celeberrimo Bando, había establecido como norma de conducta el imponer pena de la vida a quien le hablase de rendición o capitulación.

Para torcer la voluntad diamantina del general español, el emperador había enviado a Gerona a uno de sus más famosos caudillos: el mariscal Augerou. Napoleón sea mostraba irritado por la tenacidad de aquel enemigo que, pese a su insignificancia, le resultaba invencible. Infinidad de problemas militares reclamaban su atención en diversos lugares de Europa, y tenía prisa por liquidar el de Gerona, aunque fuera necesario arrasar la plaza y pasar a cuchillo a todos sus habitantes.

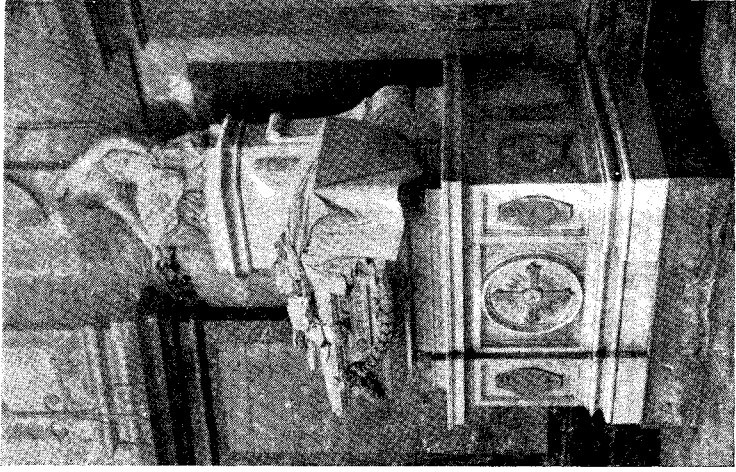
Cincuenta y ocho días permaneció el duque de Castiglioni al frente de las fuerzas sitiadoras, descargando sobre la pequeña ciudad tempestades de metralla. Los defensores, agotados todo lo humanamente posible los grados de su resistencia heroica, sucumbieron al fin. ¡Puede asegurarse, sin embargo, que si ello sucedió fue porque Alvarez de Castro, gravemente enfermo, consumido por la fiebre, hundido en el lecho, no pudo hacer nada para evitar que se consumara la capitulación de Gerona!...

\* \* \*

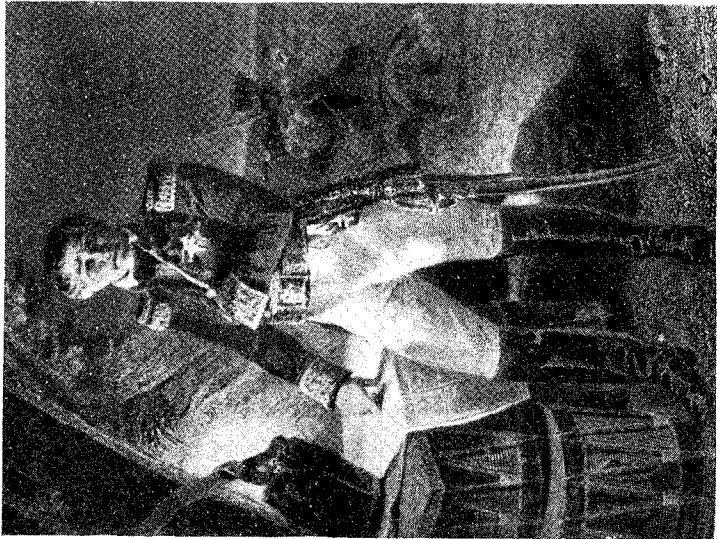
El mariscal Augerou penetró en la ciudad mártir en la mañana del día 11 de diciembre de 1809. Pertenecía al grupo de generales



El Teniente General don Mariano Alvarez de Castro  
(Grabado posterior a su muerte)



Mausoleo del General Alvarez de Castro en la  
Colegiata de San Felipe, en Gèronga.



El Mariscal Saint-Cyr, que sitió inutilmente a Gerona



El Mariscal Augereau, duque de Castiglioni, que penetró en Gerona el 11 de diciembre de 1808, al día siguiente de haberse firmado la capitulación de la plaza.

franceses que colaboraron con Napoleón desde los primeros días de su carrera militar, en la lejanía de sus incipientes campañas en Italia y Niza.

Una vez limpio del polvo del camino en el alojamiento que le habían preparado en un viejo caserón de la calle de Ciudadanos, su primer cuidado fue interesarse por la salud de Alvarez de Castro. Y, así, conociendo lo precario de su estado y la carencia de alimentos que se advertía en la plaza, dispuso que dos de sus ayudantes pasaran a complimentarle y que de la despensa de su Estado Mayor se le enviara un cuarto de carnero, dos aves de corral y un barrilillo de vino dulce.

El general español correspondió a la cortesía del vencedor enviándole a dos de sus ayudantes. Así quedaron las cosas tras este cambio de saludos, protocolarios, corteses, a los que siguieron, por parte del duque de Castiglioni, la determinación de montar una guardia francesa en la «Casa Pastors», residencia del ex gobernador de Gerona, de la que habría de destacarse un oficial para permanecer constantemente en la alcoba del enfermo. Era una guardia de honor, pero, al mismo tiempo, un instrumento de seguridad molesto y vejatorio para quien tenía que sufrirlo y que demostraba la importancia que se concedía a Alvarez de Castro en su calidad de prisionero.

\* \* \*

Unos días después, en la noche del 21 de diciembre, sabiéndole algo mejorado de su dolencia, le sacaron del lecho, y, acomodado en un coche, en unión de los jefes, oficiales y soldados que no pudieron abandonar Gerona por encontrarse enfermos el día en que los vencedores entraron en la ciudad, le hicieron emprender el camino del destierro. A la doliente comitiva, en el inmediato pueblo de Sarriá de Ter, se agregaron los frailes de los conventos de Gerona a quienes Auguerau, faltando a lo capitulado, juzgó oportuno trasladar también a Francia.

Alvarez de Castro, más que como prisionero, en el interior del destartado coche, marchaba rodeado de gendarmes en calidad de preso. A las tres de la tarde del siguiente día arribaron a Figueras. Los frailes y los soldados quedaron en la ciudad, mientras que al vencido general y a sus bravos oficiales se les alojaba en una de las estancias del castillo de San Fernando.

De madrugada, y en medio de una tempestad de frío y de nieve, se reanudó la marcha hacia la frontera. El teniente general don Mariano Alvarez de Castro, inválido, casi moribundo, llegaba a Perpiñán a las siete de la tarde del día 23 de diciembre.

Las autoridades de Perpiñán, tras breve interrogatorio, le condujeron a la fortaleza de la plaza, destinándole por habitación un calabozo inmundado. Allí debió sentir el caudillo la plenitud de su desgracia, pero, seguro de sí mismo, sin abdicar un punto de sus convicciones cristianas y españolas, se dispuso a cargar con la cruz y a apurar hasta las heces el cáliz de su martirio.

En Perpiñán, entregados a sus tristezas y humillaciones, consumieron los cautivos españoles los días que restaban al funesto año de 1809. A mediados de enero los trasladaron a Narbona. Pero el desenlace de la tragedia estaba cerca ya, y, así, repentinamente, cuando menos lo esperaban, les llegó la orden de retornar a España.

Otra vez rodó el heroico caudillo por pueblos y aldeas, de cárcel en cárcel. Ni su alta jerarquía militar, ni el heroísmo desplegado durante el Sitio, ni su enfermedad penosísima, ni sus años, ni la presunción de su muerte que se adivinaba próxima, movieron la caridad de sus guardianes. Era tal el odio que se le tenía por haber tenido a raya durante meses y meses a todo un ejército de cuarenta mil hombres mandado por los generales napoleónicos más famosos, que, como un vulgar malhechor, fue arrastrado, como ya se ha dicho, de calabozo en calabozo, con la mayor crueldad, hasta llegar a la frontera española.

Allí aguardaba a nuestro héroe una de las sorpresas más dolorosas de su vida. Ello fue que en las inmediaciones del Perthús, cuando el grueso de cautivos se disponía a pisar tierra española, se recibieron órdenes en el sentido de que los acompañantes del gobernador volvieran sobre sus pasos internándose en Francia. El general debía continuar su camino, sólo, hasta el castillo de Figueras, donde aguardaría el fallo de la justicia del Emperador.

\* \* \*

En el interior de una de las grandes cuadras del castillo de Figueras, se conserva, exactamente igual que entonces, la oscura pajera, convertida en calabozo, donde fue encerrado el héroe a su llegada a la fortaleza. Alvarez de Castro fue recluso allí el 21 de

enero de 1810, sin que aparentara grave daño en su salud. A la mañana siguiente, sin embargo, fue encontrado muerto.

Se esparció por Figueras la noticia del fallecimiento, y buena parte del vecindario corrió hacia el castillo ganoso de confirmar la tremenda nueva. ¡Era verdad! En una de las avanzadillas de la fortaleza, el cadáver del general de Gerona fue mostrado a los sencillos ampurdaneses extendido sobre unas parihuelas, amortajado con los pobres vestidos que de Francia trajo, dobladas las manos sobre el hundido pecho... El rostro del difunto aparecía hinchado, de color cárdeno...

A la vista de aquellos síntomas, uno de los presentes deslizó el oído de sus compañeros la sospecha de que el general hubiera sido estrangulado. Se desbordó la fantasía de la gente; la noticia se extendió rápidamente por toda España, llenando de asombro y de indignación a todos los españoles.

Existe un verdadero caudal de noticias, documentos, versiones, que, de diversos modos, pero teniendo un punto de coincidencia en cuanto a su final violento, trágico y precipitado, describen el fenece del héroe en el lóbrego recinto de la fortaleza de Figueras. Del espíritu de todas ellas se desprende que Napoleón, indignado, furioso porque la capitulación de Gerona se había tratado con la Junta Gubernativa y no con el propio gobernador, y que por esta circunstancia, tan noble en el arte de la guerra, no había Alvarez de Castro rendido la espada, dispuso fuese vuelto a Gerona y ahorcado en mitad de la plaza mayor.

No hubo militar que se sintiera con ánimos para llevar a cabo tamaño desafuero. Dada la inmensa popularidad del héroe de Gerona, el hecho se habría considerado como un crimen sin justificación, capaz de llenar de escándalo a Europa entera, exponiendo a los generales napoleónicos a sufrir idéntica suerte caso de que tuvieran la desgracia de caer en manos de los españoles que, en otros lugares de la Península, continuaban luchando por su independencia.

\* \* \*

De la lectura de los manuscritos del padre franciscano Manuel Cúndaro, que luchó bravamente defendiendo a Gerona durante el Gran Sitio, se desprende que llegado aquel punto, los jefes del ejército francés de ocupación que guarnecía Gerona y Figueras, celebra-

ron consejo deseosos de encontrar en la conducta del general Alvarez, algún defecto sustancial, algún acto de tipo antisocial o criminológico en qué fundamentar su sentencia de muerte. Como ello no fuese posible, dada la conducta meritoria, el acendrado heroísmo que informaba toda la existencia del prisionero, discurrieron el medio menos alarmista, pero mucho más ignominioso e hipócrita, de quitarle lentamente la vida «con veneno mezclado disimuladamente en la comida», comunicando luego al Emperador que no había sido posible jecutar la sentencia de muerte que tan imperiosamente exigía, porque el general español había fallecido antes en Figueras, de enfermedad natural.

Don Silvio Branchs, que ejerció el cargo de capellán del general durante el Sitio, en una declaración firmada en Lérida, de cuya catedral había sido nombrado conónigo, describe la manera trágica, a todas luces inverosímil, con que se llevó a cabo tan atroz determinación:

«Colocado que estuvo el caudillo en el calabozo, le pusieron guardia, destinándole un centinela con bayoneta armada a cada lado para que le impidiesen el sueño, y con tanta exactitud lo cumplieron, que al venirle el sueño, uno de ellos, le acometió con un golpe de bayoneta; con tal herida el paciente se revivía, pero no tardando el sueño en vencerle, el otro centinela le acometía del mismo modo. Y así iban alternando en martirizarle, por manera que su cuerpo empezó a padecer continuas convulsiones. Estando en tan deplorable estado entre el sueño, el martirio y la muerte, llegó la hora de mudar la guardia. Entonces el sargento entrante, al ver aquel tan triste espectáculo, aquel martirio tan atroz, se horrorizó con sombra de compasión, y en tono de lastimosa exclamación dijo que no tenía valor para presenciar un cuadro tan horrendo, y que más valía que muriese de una vez. El sargento se fue a buscar un vaso con agua, en que puso veneno, lo llevó al paciente, le dijo que bebiese, bebió; a poquísimos rato las convulsiones se le exaltaron más y más, y en tan amarguísimo estado, dentro de breves instantes, rindió el alma al Divino Redentor.»

Pero las fuentes de información de canónigo leridano se prestan a multitud de equívocos: «Estas causas y muerte violenta —dice— son las que, por ser públicas, las he oído decir no pocas veces a distintas personas del Ampurdán y de más allá, de buena fama, honor y verdad...»



Mas la Historia, tan distinta de la Prehistoria, no puede nutrirse de conjeturas y de decires únicamente. Y así, sesudos varones como don José Gómez de Arteche, Díaz de Baeza y el capitán don Fernando de Ahumada, tan hechos a bucear en la existencia de nuestro héroe, estiman que el gobernador de Gerona fue vuelto a España para que se cumpliera en él la ruidosa, vindicativa y ejemplar justicia que el Emperador exigía, y que la muerte —accidente repentino y nada extraño en su salud harto quebrantada— le sorprendió en el calabozo de la cuadra de Figueras, de la misma manera que le pudo haber sorprendido en cualquier otra parte.

\* \* \*

Por inexcrutable designio de la Providencia, el calabozo donde acabó la gloriosa existencia del defensor de Gerona, salió indemne de la tremenda voladura —semejante a un cataclismo geológico— con que los rojos, en su huida, intentaron destruir el castillo de San Fernando, de Figueras. Es una estancia estrecha y oscura, de techo abovedado, las paredes desconchadas por la humedad; el suelo, mal empedrado con guijarros de río...

Una puerta, que antaño fue de madera tosca, y hoy lo es de repujado hierro, cierra la estancia, que en lo más apartado y profundo de la fortaleza, más que calabozo, semeja un panteón.

Como cuando encerraron allí al vencido gobernador de la ciudad heroica, en su interior no existe otro menaje que el desvalijado sillón de cuero y hierro donde, a solas con su desgracia, olvidado de todos, sin el auxilio de la gracia, sin una voz que le prodigara un consuelo, ni una mano amiga que cerrara sus ojos, pero, indudablemente, confiando en Dios y pensando en España, traspasó los linderos de la eternidad.

En la crujía de la cuadra donde se abre la puerta del calabozo —cerrada por alta reja, decorada, sobria y severamente sin alterar un ápice su primitiva traza por orden y a raíz de la visita que llevó a cabo el rey Don Alfonso XIII, en 1925— mandó colocar el general Castaños una lápida de mármol con una inscripción concebida en los siguientes términos:

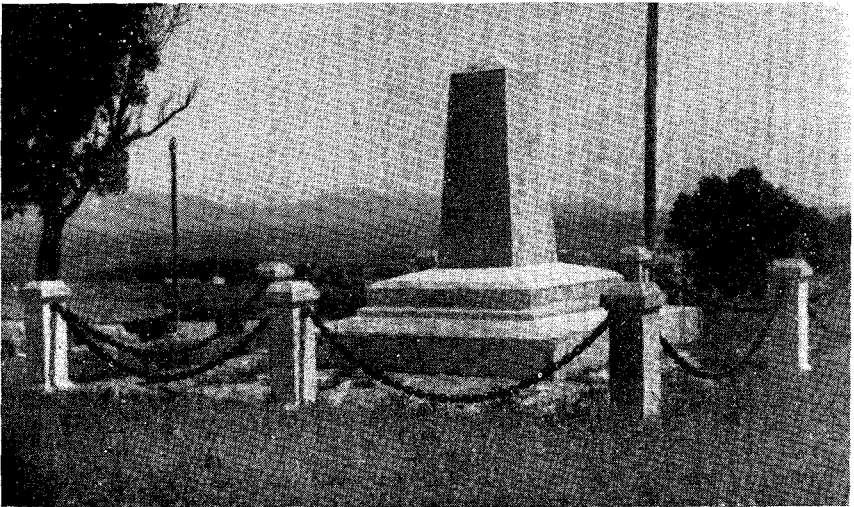
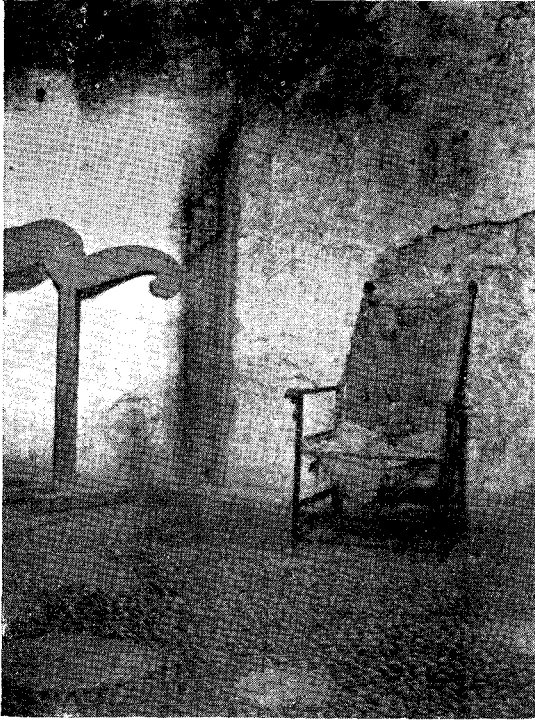
MURIO ENVENENADO EN ESTA ESTANCIA  
 EL DIA 22 DE ENERO DEL 1810  
 VICTIMA DE LA INIQUIDAD DEL TIRANO  
 DE LA FRANCIA  
 EL GOBERNADOR DE GERONA  
 DON MARIANO ALVAREZ DE CASTRO  
 CUYOS HEROICOS HECHOS  
 VIVIRAN ETERNAMENTE  
 EN LA MEMORIA DE TODOS LOS BUENOS.  
 MANDO COLOCAR ESTA LAPIDA  
 EL EXCMO. SR. D. FRANCISCO XAVIER DE  
 CASTAÑOS  
 CAPITAN GENERAL DEL EJERCITO  
 DE LA DERECHA  
 AÑO 1815.

Ocho años más tarde, cuando la entrada en España de los cierr mil Hijos de San Luis, uno de los acompañantes del duque de Angulema, el mariscal Moncey, al pasar por Figueras, mandó arrancar y hacer pedazos la lápida en cuestión. Reclamó el Gobierno español contra tamaño desafuero, y contestaron los franceses en el sentido de ser aquel acto de la particular y exclusiva responsabilidad del general, que lo cometió, indudablemente, indignado porque se atribuyese a asesinato la muerte de Alvarez de Castro. Pero no tardó en ser repuesta en los términos que se advierten en el día de hoy:

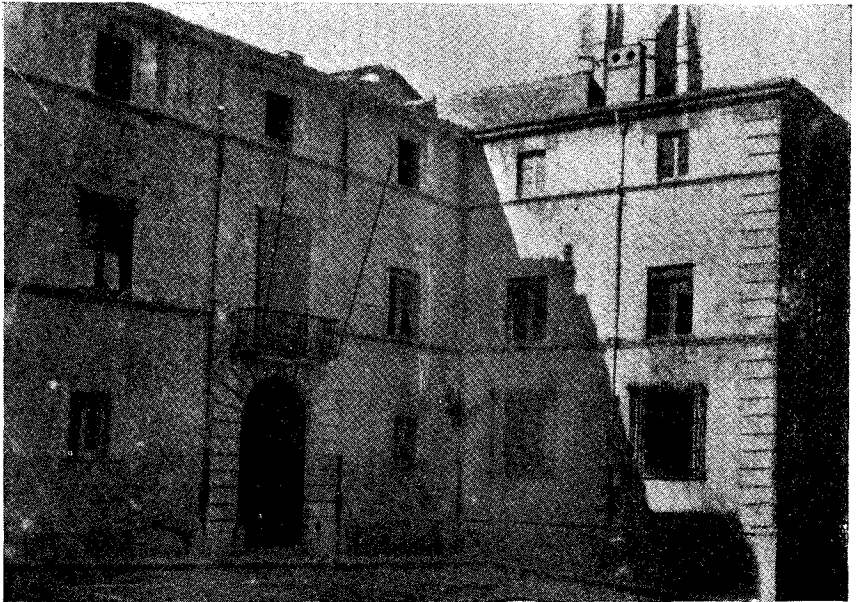
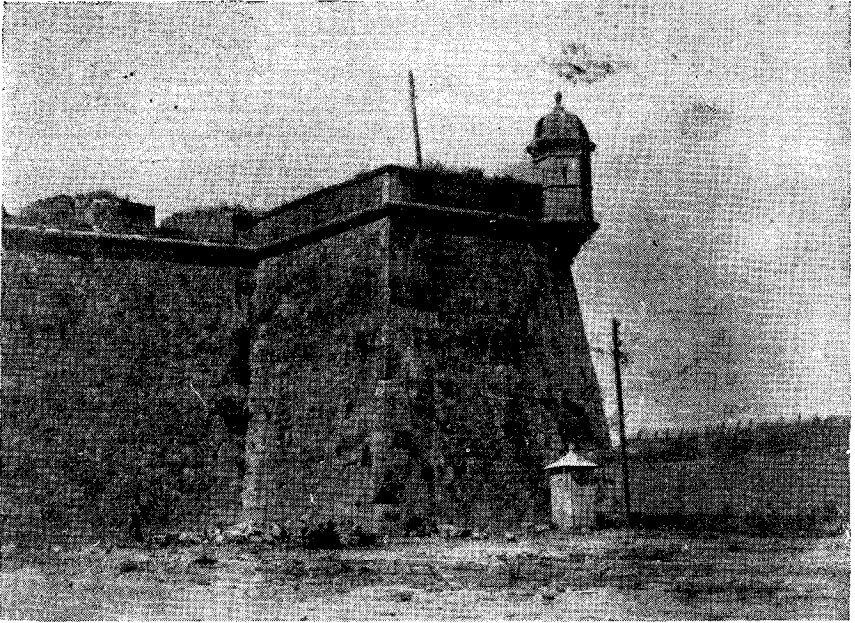
«MARTIRIZARONLE SUS GUARDIANES, NO PERMITIENDO DORMIR, Y YA EN LA AGONIA, LO SACARON PARA CONDUCIRLO A LA PLAZA QUE TAN HEROICAMENTE SUPO DEFENDER, DONDE HABIA DE SUFRIR LA PENA DE MUERTE VIL, EN HORCA. DIOS FUE CLEMENTE CON EL HEROE Y LE LLAMO A SI ANTES DE QUE SUFRIERA MUERTE INFAMANTE.»

\* \* \*

Una impresión de melancólica tristeza se apodera del corazón —lo mismo que ante la tumba de la capilla de San Narciso, de Gerona—,



Arriba: Interior del calabozo del castillo de Figueras, donde murió Alvarez de Castro.  
Abajo: Monumento existente en la avanzada del castillo de Figueras, donde fue expuesto el cadáver del General Alvarez de Castro.



Arriba: Sector de la fortaleza de Figueras, a donde recae el calabozo donde murió Álvarez de Castro. Abajo: «Casa Pastors», en Gerona, residencia del General durante el tercer sitio de la plaza.

a la vista del escenario donde culminó el martirio, la pasión y la muerte de esta gran figura de la Raza.

Napoleón Bonaparte, Emperador de Francia, dueño de medio mundo, en el calabozo del castillo de Figueras donde murió Alvarez de Castro, no es otra cosa que un general despechado, un hombre vengativo y cruel, desconocedor del contenido humano que existe aún en las más terribles leyes de la guerra.

Y, en razón inversa a cómo se empequeñece y achica la figura del vencedor que no tuvo piedad para el vencido, el recuerdo de éste perdura entre las cuatro paredes del oscuro recinto, con su asombrosa y excepcional grandeza, con las colosales proporciones de sus virtudes heroicas, como el hombre pundonoroso y bueno que más hondamente sintió a su Patria, y más alto supo colocar el honor de la milicia española a lo largo del siglo XIX.

\* \* \*

*Las ilustraciones que acompañan a este trabajo han sido facilitadas por el autor del mismo.*

#### BIBLIOGRAFÍA

- GRAHIT, E.: *Reseña histórica de los Sitios de Gerona en 1808 y 1809*. Gerona, 1894-1895, 2 volúmenes.
- AHUMADA, F.: *Gerona, la Inmortal*.
- CÚNDARO, M.: *Historia política, crítica y militar de la plaza de Gerona*. «Revista de Ciencias Históricas», Barcelona, 1887.
- SAINT-CYR, Gouvión: *Páginas históricas del Sitio de Gerona de 1809* (Traducción de Fernando Girbal). Gerona, 1895.
- MINALI, Guillermo: *Historia Militar de Gerona*. Gerona, 1840.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Gerona*. Colección «Episodios Nacionales».
- PLÁ CARGOL, Joaquín: *Gerona histórica*.
- SAINT YOU: *Diario del Sitio de Gerona en 1809*. «Servicio Histórico Militar», Madrid.
- FÚSTER VILIPLANA, Fernando: *Sitio de Gerona*, «Revista Histórica Militar» (núms. 5, págs. 73 a 113. Año III, Madrid, 1959).
- GÓMEZ DE ARTECHE, José: *Discurso en elogio del teniente general Don Mariano Alvarez de Castro*. Madrid, 1880, con facsímiles y mapas.

- PARDO Y DELGADO, Luis: *Discursos militares a la memoria de Alvarez de Castro y de sus compañeros en 1809*. Gerona, 1880.
- CASTROVIEJO, Amando: *El valor de Alvarez de Castro según su correspondencia militar*. «Revista Cultura Española».
- BALAGUER, Víctor: *Los últimos días de Alvarez de Castro*. Madrid, 1876.
- PITOLLET, Camille: *Sobre la muerte del general Alvarez de Castro*. «Nuestro tiempo». Madrid, 1924; XXIV, 78-80.
- SATUE, Francisco: *Manifiesto de cuanto sucedió al general Don Mariano Alvarez de Castro, gobernador de la Plaza de Gerona, desde que quedó prisionero de guerra en ella hasta su fallecimiento*. Año 1816.